

ciertos mexicanos, han logrado crear, usando la nueva técnica y aplicando su talento poético a la expresión de las circunstancias físicas y humanas de sus respectivos países, hermosas poesías, de alto carácter y originalidad. Hay muchos caminos por seguir y lo peor es irse por uno solo, pues si los recursos del poeta no son extraordinarios, se corre el peligro de caer en una repetición fatal.

Hay mucha gente que cree que ser poeta nuevo es cosa fácil, que cualquiera lo puede ser si coloca unas tras otras todas las palabras que se le ocurran; es *canción de receta*, me decía hace poco un poeta chapado completamente a la antigua. No hay duda que muchos poetas nuevos, que de tales no tienen sino el nombre, proceden de la manera que pretenden los enemigos de la nueva poesía; pero esto no debe preocuparnos. Dejemos lo mediocre y lo nulo a un lado e invitemos cordialmente, a los que aquello afirman, a que escriban una *buena* poesía nueva, cuyos valores, en primer lugar, ignoran casi tanto como ignoraban los valores anteriores.

La mejor demostración de que la poesía nueva es una poesía no asequible a cualquiera, la constituye el hecho de que entre los treinta o cuarenta poetas que la cultivan en Chile sólo dos o tres han logrado destacar valores positivos. De los demás, unos andan a salto de mata, sin saber hacia dónde dirigir sus pasos ni qué galimatías crear para aparecer originales; otros trabajan sin mayores resultados, pero honradamente, y los demás esperan, pasan, como los jugadores que no quieren arriesgar su dinero a una carta cuyas posibilidades son oscuras.—

MANUEL ROJAS.

ASONANCIAS Y DISONANCIAS

MONTERREY

LA letra impresa no se emplea, esta vez, en metafisiqueos. Ni vale para las actitudes dogmáticas el manifiesto que en cabeza este periódico personal. El autor—Alfonso Reyes—nos lo ha dicho con su sentido peculiar de la prosa. No muestrario de páginas escogidas, sino «estuche de instrumentos y gaceta de avisos para el trabajador literario... órgano de relación, de relación social, con el mundo de los escritores; un boletín de noticias del trabajo, casi una carta circular». Tras ochsus o

páginas, el anhelo de la imprenta medioeval, «defensa contra el monstruo Institución que ahoga la libertad de pensar».

Mas, primer efecto de la relación, la cordialidad. Penetrar en la estancia de este escritor y sentir el confort de su prosa. ¡Cómo calzan las expresiones, cómo se eslabonan los conceptos! Antes que la pintura, la geometría. Todo sin reticencias ni altisonancias—agua que corre por el plano, lame la arista límite y desliza por la pared lateral.

Tras la simpatía, la autoridad. Aquel decir sin decir nada, ese hacerse escuchar sin tener que recurrir a la llave de fa, que definen, poco a poco, en el ánimo del lector, lo que comprende una personalidad y lo que al margen de ella queda.

De esta suerte, al huir del horror de la Institución, el escritor alcanza su equivalente. Cada carta, libro o artículo suyo, un hito en la frontera propia. Y en la orientación, la diferencia. La gran prensa mira hacia el reclamo comercial; el correo literario a la investigación. La distancia que entre ambos media, tanta, como la que separa las cifras de sus respectivos réditos. En proporción inversa a estos, sus valores.

No vale subrayar aquí la importancia de *Monterrey*. Nos hallamos ante un estuche de instrumentos. Aun más, nos encontramos, como en un anfiteatro clínico, observando los movimientos que a tales instrumentos imprime la mano del artista. Cada cual juzgará de la maestría que este demuestra en la operación.

Entretanto, Alfonso Reyes proseguirá, allá en Río Janeiro, su tarea. Sonreirá ante el asombro de los unos y la fervorosa acogida de los otros. Alfonso Reyes, pequeñito y sonriente, agudo y vivaracho, jovial y afabilísimo; «el hombre que trabaja y que juega» del decir de Eugenio D'Ors.

JITANJÁFORAS

No nos limitemos, empero, a aplaudir. Hacer sólo esto, es cosa de parroquianos en teatros de barrio. Colaboremos. Y *caiga el monte* en esta página, del lado de las jitanjáforas. Con ellas hagamos un cascabel, para llamar la atención del poeta mexicano hacia este costado de la cordillera.

La primera, cuenta de los niños, sentados en coro. Al finalizar, obliga al señalado con la última palabra a esconder una pierna bajo la otra. Así sucesivamente, hasta que alguno tenga las dos piernas condenadas y resulte, por ello, el perdedor:

Pin-pin.
sarabín,
cuchillito
de marfil.
Que manda
la ronda
que esconda
un pie
detrás
de la puerta
de San Miguel.
Amén
Papel.

Luego, esta otra, que se utiliza para determinar quién ha de ser el perseguidor en el *paco-badrón*. Es este juego de idas y venidas, *cachañas* y revueltas, ejercicio de todos los recursos para no ser alcanzado por el *paco*. Y el nombre de este, un derivativo del apodo que sufrieron por espacio de muchos años, con encomiable paciencia, los guardias del orden público:

Ene, tene, tú.
Cape, nane, nú.
Tiza, fá.
Tum, ba, lá.
Es, tis, tos, tús.
Para que la lleves tú,
y salgas tú.

Esta, que nos ha proporcionado Manuel Rojas, originaria de un viejo sainete argentino, en el que un italiano aparecía queriendo deslumbrar a las niñas del pago con dárselas de poeta. Sumamente popular, se utiliza, en la región cordillerana, para defenderse de lecturas y confidencias de autores noveles:

El sol sale de día.
La luna sale de noche.
Cuatro ruedas tiene un coche
con mucha melancolía.

Finalmente, el comienzo de una ronda que por larga se nos ha olvidado con los años y que no tiene sabor jitanjáforico más que hasta el séptimo verso:

Manseque,
la culeque,
la gallina
y el capón.
La pelota
de cartón.
El anillo que me diste
fué de vidrio y se quebró..., etc.

Y su variante argentina:

A la lata,
 a la tero,
 a la hija del chocolatero.
 El gallo,
 la gallina
 y el capón.
 El gallo,
 la gallina
 y el caballo.
 Un zapatero pillo
 le dijo a un chiquillo:
 «Rompe botas, rompe botas
 y que tu padre compre otras»..., etc.

Sirvan de muestra las anteriores. Mientras podemos decir al oído de Alfonso Reyes algunas otras jitanjáforas de mucha picardía y poco recato.

LUTO

La danza—dice Paul Valéry—no va a ninguna parte y si persigue algo no es más que un objeto ideal, un estado, una voluptuosidad, un fantasma de flor, el éxtasis de sí misma, un extremo de vida, una cima, un punto supremo del Ser... (1).

Frenesí de exaltación sin fin utilitario. Agua de la fuente que se glorifica, ascendiendo a lo alto. En la cúspide, la caída, en desmadejamiento inexorable. Tensión de la flecha, ignorante del punto de su término; y en este, súbito, el descenso. Vida de Ana Pavlowa, consagrada al éxtasis que es la danza; e instantánea interrupción de sus giros en la muerte.

Justa la pena de quienes la admiraron y pueden medir su influencia en nuestra tierra. Recordemos. Aquel era el instante del desgano ante el precepto académico, frente al cuadro estático. La danzarina rusa—también Tórtola Valencia y la Verbist—fué borrando con leve planta los signos del dogma. Entonces, vida y calor vinieron a nosotros, merced a sus incesantes giros. Colorido y movimiento en nuestra pintura, gracias a su danza maravillosa. Y luego, el nacimiento del cuadro decorativo y de nuevas pupilas para contemplar el paisaje y todo, obra imperecedera de lo que «no va a ninguna parte y si persigue algo no es más que un objeto ideal...».—A L F A.

(1) Paul Valéry: *Conversación sobre la poesía*. Ver *Contemporáneos*, número correspondiente a Julio-Agosto de 1930.